

Presentación

Semblanza de Antonio Rodríguez Carmona

Francisco Contreras Molina

1. El exégeta que une dos orillas: la ciencia bíblica y la fe

Abriéndonos al mundo de la interpretación bíblica –inútil intento, por pretencioso, sería el de abarcar la inmensa, si no inconmensurable panorámica de la Biblia–, se detecta un síntoma alarmante que el ojo avizor de Antonio Rodríguez Carmona ha sabido detectar: una especie de esquizofrenia. Éste es el peligro real que nos aqueja últimamente: la separación y el alejamiento de dos ámbitos antaño unidos, pero que hoy andan apartados: el mundo de la ciencia bíblica y el campo de la fe y de la pastoral.

No hace mucho, el sabio patriarca de las ciencias bíblicas Luis Alonso Schökel lamentaba durante su discurso de despedida el hiriente contraste a que asistimos en el noble oficio de la interpretación: “No es raro el exégeta a quien llamo el anti-Ezequiel. En efecto, el profeta, enfrentado a un estrato de huesos calcinados, invocaba el espíritu y los huesos se transformaban en cadáveres perfectos, invocaba al espíritu y los cadáveres, vivos, se ponían en pie. Su antípoda es aquel exégeta que toma textos vivos y palpitanes y los transforma en huesos calcinados”¹.

Hay exégetas cuya labor se concentra en diseccionar el cuerpo orgánico de la Biblia. Son especialistas en disgregar lo que está unido. Sordos al principio divino de “no separar lo que Dios ha unido”, siguen empeñados en separar. Hacen de su tarea un páramo tan seco como de-

¹ L. Alonso Schökel, “En las huellas de Moisés”, en *Acta Pontificii Instituti Biblici*, 1994-95, vol. X, n. 1, 116-117.

solador, sin agua y sin árboles de vida, antónimo de aquel terreno regado del paraíso del Edén (Gn 2,10) y que fecunda toda esperanza humana, según señala el libro del Apocalipsis: “Y me mostró un río de agua de vida, reluciente como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de su plaza, a un lado y otro del río, hay un árbol de vida que da doce frutos, uno cada mes. Y las hojas del árbol sirven para la curación de las naciones” (Ap 22,1-2).

El otro riesgo es acudir a una interpretación pretendidamente pía, aparentemente espiritual, que prescinde de la seriedad del estudio, de las necesarias mediaciones de la palabra humana en la que –de hecho, dentro de la historia de la salvación y en gratuito gesto de condescendencia divina– se ha encarnado la Palabra de Dios.

Esta interpretación, realizada sin base objetiva, ni control para saber a qué atenerse, vuela en alas de la alegoría o de la ficción; va de acá para allá movida por el simbolismo más errático o del subjetivismo más antojadizo. Ya no se hace exégesis, sino “eis-egesis”. No se obtiene del texto bíblico el potencial de su riqueza latente. La tarea de interpretar la Palabra se convierte, entonces, en fatuo ejercicio de deslumbrante prestidigitador. Y vuela por unos cielos fantásticos que no llevan a ninguna parte. So capa de espiritualismo se cae en los dos grandes errores, ya detectados por el papa Juan Pablo II: el fundamentalismo, que consiste en interpretar la Biblia al pie de la letra, lo cual es una forma de suicidio del pensamiento, y el espiritualismo desencarnado, que encadena al lector en las mallas de la propia y subjetiva opinión sin el recurso de una ansiada verificación.

¿Dónde está la medida, dónde situar la ecuanimidad y el sano equilibrio?

La dicotomía y el desacierto se originan en la parcialidad a ultranza, en la *destotalización de la totalidad*, que acentúa con tanto énfasis una faceta que la otra cara de la moneda queda relegada en la penumbra.

Consiste la tarea bíblica en una labor científica, ejercitada con todo el rigor requerido y que nada debería dejar al azar. Se trata de una actividad dura y difícil, onerosa: hacer hablar al texto. A veces, hasta someterlo a cierta “tortura” para que desaloje de sí sus mejores recursos. Pisarlo y estrujarlo en el lagar de la fatiga para que destile el más sabroso vino.

Pero si se olvida la interpretación “espiritual”, esto es, hecha en el Espíritu, la exégesis se limita a una fría consideración, aséptica y anodina, que ofrece datos y más datos, pura gnoseología, limitándose a informar, y que deja la cabeza caliente y el corazón frío.

Hay que compaginar una investigación seria, científica, con una hermenéutica cristiana. Equilibrar el aspecto histórico y el creyente es del todo necesario para percibir el sentido más genuino y profundo de la Biblia.

Incorporando un principio filosófico de Heidegger, que parece fecundo para el acercamiento a la Escritura, puede afirmarse que interpretar no consiste en repetir lo ya dicho explícitamente, sino en explicitar lo que está implícito, descubrir su sentido oculto: “expresar lo no dicho” (*das nicht gesagt aussagen*)².

Quien nos hace pasar de la oscuridad de la letra hasta el resplandor de la verdad es el Espíritu Santo (Jn 16,13); él es la luz que nos guía, tal como rezaba con esta repetida oración el cardenal Newman: “*Guíame, oh dulce luz desde las sombras, hasta la verdad*”.

Tal vez, la honda sugerencia de una estrofa sea capaz de ayudarnos a vislumbrar el influjo de una mano de nieve que puede hacer arrancar la música dormida en las palabras de la Biblia:

*¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!*³

Esa *mano de nieve* constituye todo un misterioso símbolo; es el decisivo poder del Espíritu, potente para suscitar y hacer surgir las maravillas escondidas en el arpa dormida y en las silenciosas ramas pobladas de pájaros, a saber, en el texto sagrado que parece dormido pero está cuajado de música. “Para ti es mi música, Señor (Sal 100)... despertad cítara y arpa, voy a despertar a la aurora” (56,9), oraba entusiasmado el salmista.

² Cf. M. Heidegger, *Kant und das Problem der Metaphysik*, Bonn 1929, 193.

³ G. A. Bécquer, *Rimas y leyendas*, Buenos Aires 1939, 21.

Hemos de seguir insistiendo en esta síntesis interpretativa antes de que el verdadero y único camino se bifurque y las dos sendas abiertas se alejen, una de la otra, sin remedio. Una senda a evitar sería la exégesis pura y dura de la letra. Otro sendero aciago sería una ingenua devoción. Reclamamos un estudio que sea al mismo tiempo comprometido y competente, creyente y ungido, de la Palabra de Dios.

Este artículo rinde homenaje a Antonio Rodríguez Carmona, profesor y compañero, con motivo de su jubilación. Él ha sabido armonizar en su vida –intentaremos señalarlo más adelante, aunque sea tan sólo pespunteándolo–, sin desdoblamientos ni estridencias, sino sabiamente, en un mutuo y feraz enriquecimiento, su condición de creyente fiel y de sagaz intérprete de la Palabra de Dios al servicio humilde de la comunidad eclesial. Su sabiduría bíblica sólo ha podido germinar de una profunda y creyente comunión con Dios. Únicamente desde esta unión brota la unción, y de la unción nace la iluminación.

2. El servidor fiel de la Palabra de Dios

La vida de Antonio Rodríguez Carmona ha estado marcada por la vida de la Facultad de Teología de Granada, es decir, marcada a su vez por la vida de la Iglesia.

Una idea fuerza, una profunda convicción, que lleva a sangre y fuego como un tatuaje en el alma, como una vocación, casi como un destino, es gastarse y desgastarse por la Iglesia. Puede escribirse, a manera de rótulo que compendia su existencia, esta afirmación: entrega a la Iglesia mediante el servicio de la Palabra de Dios.

Trabajar por la Facultad no es atender a un selecto reducto, un territorio acotado, un *ghetto* o una élite, sino que significa preocuparse por una juventud prometedora, estudiantes, seminaristas, religiosos/as, provenientes de muchas familias carismáticas, seculares oriundos de diversas latitudes geográficas, cristianos procedentes desde el ancho mundo; consiste en promover la comunión y la universalidad. En definitiva y en esencia, significa trabajar por el pueblo de Dios, que es la Iglesia.

Cuántas veces, ante la fatiga acumulada de varias jornadas de trabajo –nadie está hecho de piedra, somos humanos y nos cansamos– o ante la incomprensión de nuestra tarea –incomprensión surgida desde dentro y también desde fuera–, hemos hablado y nos hemos animado

con estas palabras, que a él le gusta repetir, como al profeta y a Pablo: “Nuestro esfuerzo no es baldío. Aquí estamos bregando y laborando por la Iglesia de Dios”. Y recordamos las advertencias del apóstol Pablo cuando se despide de los presbíteros en Mileto: “Tened cuidado de vosotros y del rebaño que el Espíritu Santo os ha encargado guardar, como pastores de la Iglesia de Dios, que él se adquirió con su propia sangre” (Hch 20,28).

La Iglesia es de Dios, pertenece a Dios, quien la ha adquirido con la sangre de su Hijo, Jesucristo, y en esta Iglesia el Espíritu Santo nos ha puesto como pastores. A cada uno en su sitio y en su tarea, según su vocación y carisma.

Lo mismo que no se debe invocar el nombre de Dios en vano, nunca se debe pronunciar el nombre de la Iglesia de manera frívola o superficial. Reivindicamos un respeto por la Iglesia, que se expresa hasta en la manera –a veces ligera o superficial– de hablar de ella. Porque la Iglesia es tierra sagrada, ante la que es preciso quitarse las sandalias; pueblo santo, adquirido por Dios a un precio costoso, mediante la sangre de su Hijo, sangre no sólo preciosa, sino preciosísima, que indica la calidad suprema del amor de Dios.

El Espíritu Santo dirige nuestros pasos y nos mueve en el camino de la vida; él es –según la certera expresión de Haya Prats *la fuerza y el alma de la Iglesia*– quien ha ubicado a Antonio Rodríguez Carmona dentro de la Iglesia de Dios, en esta Facultad de Teología, para ser servidor de la Palabra.

Y aquí ha desempeñado una amplia y múltiple labor, que es preciso ir desglosando de manera muy sencilla, sucinta. Como profesor. También como compañero o colega. Investigador y, por fin, en las tareas de responsabilidad.

Anotamos en primer lugar su dedicación como profesor, directamente conectado con la enseñanza de la Biblia. Éste ha sido, sin duda, su principal quehacer. Ha sabido estar siempre cerca de los alumnos, en clase y fuera de clase, de manera afable, procurando en todo momento ayudar y fomentar el entusiasmo por la Palabra. Ha privilegiado el trato con los alumnos. Ha hecho muchas veces suya la frase “el pábilo humeante no se debe apagar”. Se ha arremangado y puesto a la obra: hay que animar lo que está débil y desfalleciente.

No es que de entrada aparezca su porte muy risueño –la verdad sea dicha–, pero nunca se ha mostrado frío ni distante; en su trato, a media distancia, se ha mostrado de continuo tierno y entrañable. Él puede cumplir lo que en los primeros años de la Iglesia pronunció el gran maestro judío –así recordamos al autor de *la religión judía*– Johanan Ben Zakay: “Mucho aprendí de los libros, más aprendí de mis maestros, pero mucho más aprendí de mis alumnos”. Entre estos alumnos nos congregamos, de manera festiva y agradecida, muchos de los presentes.

Ha dotado de densidad y rigor a sus clases, con su peculiar viveza a la hora de explicar. Como vibra con la Biblia y se expresa pletórico de entusiasmo, es capaz de comunicar por contagio el amor a la Palabra de Dios. Yo he podido ser testigo de su preparación a fondo, remota y próxima, de las clases. Preciso es señalar que no, por muchos años empleados en la docencia, están ya las clases preparadas del todo. Antonio sí posee, en dosis y espíritu, ésta que llamaría su primerísima cualidad como profesor, el pundonor: conciencia viva de su deber y de la alta responsabilidad que su servicio presta. La tarea bíblica es ingente y casi abrumadora. Por otra parte, también resulta grata y atrayente, porque hace acrecentar en los alumnos de hoy, que más tarde serán altavoces del evangelio, nada más y nada menos que el celo por la Palabra.

Nunca un concilio ecuménico dedicó tantos elogios y alabanzas a la Sagradas Escrituras como el Concilio Vaticano II: “Es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual” (*Dei Verbum*, 21). Ante tamaño reto, ya no queda sino una preparación seria y responsable, no dejando nada a la ligera o a la improvisación. A eso le llamo pundonor.

Como compañero, a saber, el que comparte el pan de la Palabra, lo percibimos –tal es sentir unánime– cercano y disponible. No clausurado en su despacho, cerrado a cal y canto, ajeno a los demás. Recordamos su presencia fiel en la cita puntual del café de las doce, casi como un rito diario del compartir humano, tomando un café –sin azúcar, porque él tiene un poco de diabetes, y descafeinado, por eso de la arritmia del corazón–, departiendo afablemente con los colegas y hablando con cualquiera, porque cada uno es un compañero y un hermano –no sólo los integrantes del Departamento de Escritura–, de las cosas de la vida, de la Facultad y de los alumnos.

Como investigador, ha trabajado con rigor en las hondas minas de la Palabra. Ha practicado de manera personal este duro ascetismo y también ha recomendado vivamente el acercamiento a la Biblia por medio de la competencia científica, del conocimiento de las lenguas originales, el hebreo, arameo, targum, griego, latín..., y también de las lenguas vivas y de la bibliografía actual y pertinente. Este bagaje resulta necesario, imprescindible, a fin de penetrar con más capacidad en las fuentes siempre insondables de la Palabra de Dios.

La imagen natural que nos viene ahora mismo es la de una hormiga que trabaja con paciencia infinita y la del zahorí que no desperdicia un ápice de tiempo. Lo evocamos volcado sobre la Biblia, indagando, escrutando *–daras, siendo darás–*, investigando sin desmayo. Fiel a este principio rabínico: “Dale vueltas a la Palabra de Dios, pues todo está en ella. Si no lo encuentras, sigue buscando y al fin lo hallarás”. Sin duda, como fruto de esta investigación, posee la facilidad para ser sencillo y asequible, abierto y dialogante.

Antonio ha ocupado cargos *–es decir, cargas–* de responsabilidad. Ha sido en varias ocasiones vicerrector. Ha demostrado un gran sentido común a la hora de aplicar las normas y los reglamentos. Le debemos, en gran parte, los planes de estudio de que gozamos en la actualidad; ha trabajado en su génesis, confección, redacción y puesta en marcha.

Ha tenido un grandísimo aprecio por la Facultad de Teología, a la que *–tal vez esta dimensión no se sepa suficientemente–* ha defendido en diversas ocasiones de forma muy clara, decidida y contundente, aun a riesgo de quedar mal visto por algunas autoridades eclesiásticas. No le ha importado. Le ha importado la verdad y el bien de la Iglesia, pueblo de Dios.

Y ha aceptado esta responsabilidad con actitud verdaderamente humilde. Porque, ¿dónde hay gente que acepte un cargo con espíritu generoso y que a él se entregue con lealtad, cuando previamente ha sido objeto de alguna jugada? Comprometerse a dicha responsabilidad en tales circunstancias muestra un alma humilde y un espíritu de fe, propios de alguien entregado a la labor de la Palabra, no quedándose en apariencias o comentarios demasiado humanos, sino sirviendo con honradez a la verdad: toda la verdad y nada más que la verdad del Evangelio.

Ha sabido organizar muchas peregrinaciones a los santos lugares: Tierra Santa y Rutas de san Pablo. Ha aglutinado a profesores de la Facultad y a muchos participantes. Hemos gozado de unos viajes, adornados con las siguientes características: una preparación pedagógica y espiritual durante un curso, a base de correspondencia epistolar y diversos encuentros; y una peregrinación llevada con competencia y seriedad. No ha quedado piedra sagrada sobre piedra que no hayamos visitado, ni monte santo a donde no hayamos subido, ni ruina a donde no nos hayamos encaramado, aunque fueran las tres de la tarde, en torno al horno de las ruinas del antiguo Jericó. A la cabeza iba Antonio, tocada la cabeza con su inseparable gorra blanca y animado con ese entusiasmo que no conocía el desmayo ni el cansancio, que no decaía nunca, aunque cayera un sol de fuego o subiera el termómetro hasta los cuarenta y pico grados en Masada o en las cuevas de Qumrán. Al mismo tiempo, se ha logrado un ambiente de fraternidad y llaneza, de poder estar a gusto compartiendo la alegría de la fe común y pisando en la tierra sagrada las mismas huellas que dejó estampadas el Señor Jesús. Entonces hemos podido comprobar *in situ*, gratamente, que Tierra Santa es el quinto evangelio.

Pero la labor de Antonio no queda reducida sólo a la labor de la Facultad. Ha colaborado desde el inicio, asidua e ininterrumpidamente en la ABE o Asociación de Biblistas Españoles. Es proverbial su figura siempre disponible en nuestros cursos internos, estimulándonos, ofreciendo su contribución en incontables seminarios.

Un botón de muestra es este libro homenaje, tejido con motivo de su jubilación. En él colaboran los mejores profesores de Biblia de toda España. No quiere esto decir, evidentemente, que los no inscritos no lleguen a este alto nivel de categoría y calidad. Tal vez alguno no se halle registrado. Valga como excusa decir que la memoria humana es flaca y que el olvido, que nunca debería ser justificado, en esta ocasión al menos sí tiene que ser perdonado.

Cuando se ha invitado a participar a los diversos profesores-colegas con su trabajo escrito, es preciso reseñar un dato sorprendente: todos y cada uno, de manera unánime y concorde, han dicho que sí, han respondido con generosidad, añadiendo *motu proprio* que Antonio se merece este homenaje, pues es sencillo, humilde, muy buen compañero y amigo.

Este libro significa, por tanto, el fruto de unos trabajos, la cosecha de unos buenos amigos, profesores de Biblia, entregada a otro buen amigo. Una deuda de amistad que ahora se condona en parte con la ofrenda, sentida y sincera, de este homenaje. Es verdad que de nosotros, los seres humanos –pasajeros como el viento que susurra, sin saber de dónde viene ni a dónde va–, lo que milagrosamente nos sobrevive es la palabra escrita. Ya sabíamos el mutuo afecto y la estima. Ahora la amistad queda sellada con las palabras escritas. Para que conste en el presente y en el porvenir.

En la dilatada existencia de Antonio, en la Facultad de Teología de Granada, en multitud de conferencias bíblicas, en los encuentros de teólogos biblistas de cada año, en los innumerables cursillos bíblicos de verano, en su trabajo como responsable diocesano y colaborador en la formación del clero, en todas partes, ha acudido siempre con nobleza de miras para iluminar los signos de los tiempos desde la Palabra de Dios.

Éste es su gran servicio y recompensa: ser testigo fiel de la Palabra. Antonio –Dios así lo ha dispuesto en el designio de su providencia– ha hecho de la Palabra de Dios el centro de todo su vivir, la ha acogido en su corazón firmemente, ha echado hondas raíces y desde aquí ha dado y seguirá dando copiosos frutos. La Palabra de Dios es lo que más ha amado, “porque es más preciosa que el oro fino y más dulce que la miel de un panal que destila” (Sal 18,11).

Donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón. La boca dice lo que el corazón siente. Un testigo es alguien que pone la vida en sus palabras. Antonio ha puesto lo mejor y más hermoso de su vida, que es la Palabra de Dios, en su corazón y en sus labios, como un servicio incansable a la Iglesia de Dios.

Por eso le estamos todos nosotros tan profundamente agradecidos.